

SAGA MAGIC EX LIBRIS

BATALLA FINAL

LIBRO 4



Hines , Jim C.

Batalla final / Jim C. Hines . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2025.

512 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Cynthia Leskovec.

ISBN 978-950-02-1584-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Literatura Fantástica. I. Leskovec, Cynthia , trad.

II. Título.

CDD A860.9282

Batalla final

Título original: *Revisionary*

Copyright © 2016 by Jim C. Hines

Esta edición se publica por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc. a través
de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Traductora: Cynthia Leskovec

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Luciana Bertot, @lulybot

Armado de interior: Claudia Solari

1ª edición: febrero de 2025

ISBN 978-950-02-1584-8

Impreso en Talleres Trama,

Pasaje Garro 3160, CABA,

en febrero de 2025.

Tirada: 2.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

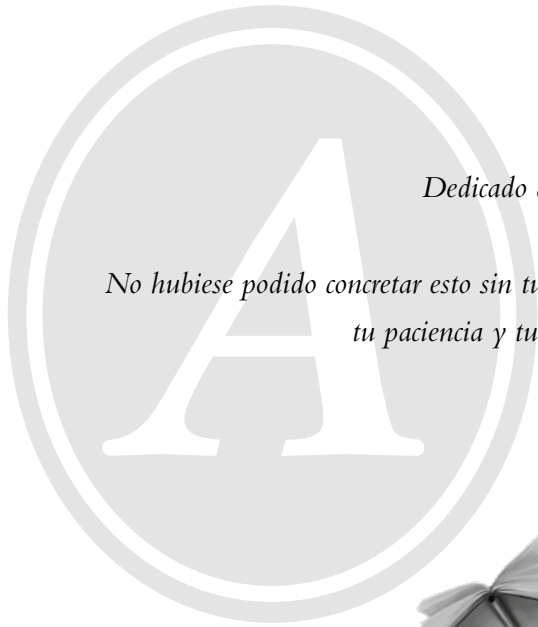
El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



BATALLA FINAL

JIM C. HINES

 Editorial El Ateneo



Dedicado a Amy

*No hubiese podido concretar esto sin tu amor,
tu paciencia y tu apoyo*





AUDIENCIA DEL COMITÉ CONJUNTO DE SEGURIDAD MÁGICA
ANTE LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE EE. UU.
Y EL SENADO DE EE. UU.

PRESIDENTE: Alexander Keeler

CÁMARA DE DIPUTADOS DE EE. UU.,
COMITÉ DE SEGURIDAD MÁGICA

Derek Vaughn, Luisiana
Tammy Hovee, Michigan
Timothy Hoffman, Ohio
Anthony Hays, Colorado
Susan Brown, Florida
Elizabeth García, Oklahoma
John Senn, Nevada

CÁMARA DE SENADORES DE EE. UU.,
COMITÉ DE SEGURIDAD MÁGICA

Alexander Keeler, Illinois
Kenneth Tindill, Rhode Island
Mary Pat Clarke, Maryland
Kent Childress, Oregón

DECLARACIÓN E INTERROGATORIO DEL TESTIGO
NÚMERO 18: ISAAC VAINIO

SR. PRESIDENTE.—Esta audiencia entra en sesión. Es un privilegio y un honor dar la bienvenida a los miembros del Comité Conjunto de Seguridad Mágica y a los testigos convocados para declarar, para forjar el futuro de esta gran nación en esta época de confusión y conflicto a nivel mundial. Señor Vainio, gracias por tomarse tiempo de su trabajo en Nuevo Milenio para acompañarnos hoy.

SR. VAINIO.—Su invitación dejaba en claro que no tenía otra opción.

SR. PRESIDENTE.—¿Jura que el testimonio que está a punto de dar ante este comité es fiel a la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

SR. VAINIO.—¿No se supone que tengo que jurar sobre una Biblia?

SR. PRESIDENTE.—Por cuestiones de seguridad, no se permitirá que haya libro alguno en la sala durante su testimonio.

SR. VAINIO.—No se preocupe. No voy a practicar la libromancia con una Biblia... ni con cualquier otro libro religioso. Es posible que Gutenberg haya podido lidiar con esa clase de intensidad y creencia, pero... ah, disculpe. Sí, juro.

SR. PRESIDENTE.—Gracias. Puede tomar asiento. Señor Vainio, ¿sería tan amable de...? ¿Qué es eso?

SR. VAINIO.—Se llama Smudge. Es una araña de fuego. Es inofensiva siempre y cuando esté dentro de su jaula. Eso sí, no anden metiendo los dedos. Es mi animal de servicio. Mi abogado me dijo que la ley de discapacidad lo avala.

SR. CHILDRESS.—¿Tiene una araña de servicio?

SR. VAINIO.—Presiente el peligro, como el Hombre Araña. Llevarla cerca me ayuda a lidiar con algunos... problemitas de ansiedad. Han sido cinco años muy traumáticos. Tengo una carta de mi terapeuta si desean verla.

SR. PRESIDENTE.—No será necesario. Por favor, proceda a narrar su historia y el papel actual que desempeña en la organización conocida como los centinelas.

SR. VAINIO.—Fui miembro de los centinelas, intermitentemente, durante cerca de siete años y trabajé para proteger al mundo de las amenazas mágicas. Fui catalogador, agente de campo e investigador. Hace diez meses ayudé a fundar el proyecto Nuevo Milenio en Nevada, donde actualmente trabajo como director de Investigación y Desarrollo.

SR. PRESIDENTE.—Diez meses. Entonces fue justo después de anunciar la existencia de la magia en el mundo.

SR. VAINIO.—Correcto.

SR. PRESIDENTE.—Usted montó Nuevo Milenio en los Estados Unidos. Es ciudadano estadounidense. Nació y se crió en Michigan. ¿Es leal a este país, Isaac?

SR. VAINIO.—¿A qué se refiere?

SR. PRESIDENTE.—Hay muchos libromantes como usted y miles de otras criaturas desperdigados por el mundo. Vampiros, hombres pez, hombres lobo y Dios sabe qué más. ¿Qué seguridad tiene este comité de que usted no actuará en contra de los intereses de los Estados Unidos de América? ¿Cómo evitamos que las personas como usted vendan sus habilidades al mejor postor?

SR. VAINIO.—Tal vez podría empezar por no tratarnos a todos como posibles criminales y terroristas.



1

A

— **N**o creíste que iba a ser fácil, ¿o sí?
— Sabía que habría confrontaciones. Miedo.
Y sí, violencia, también.

— Estás midiendo las palabras. Se avecina una guerra mundial.

— La humanidad ha estado en guerra durante más del noventa por ciento del tiempo que ha registrado la historia.

— Pero no así. Lo que viste este último año es apenas el principio. El preámbulo, si se quiere.

—Esa es tu opinión. Ni siquiera con magia se adivina el futuro.

—Magia no. Experiencia. Observé a la humanidad durante siglos. Tè temen. Los seres humanos trabajan para controlar lo que temen y para destruir lo que no pueden controlar.

—Eres pesimista, y también un imbécil.

—Ninguno de esos hechos cambia la verdad. Tus acciones contribuyeron a que el mundo cayera por este precipicio.

—¿Y las tuyas no?

—Sí, también, pero seamos pragmáticos, ¿está bien? Hoy por hoy, uno solo de nosotros puede cambiar el curso de los hechos.

—Es una de las ventajas de no estar muerto, ¿verdad?

Uno creería que el tiempo que pasé en el campo de batalla peleando contra todo, desde libromantes posesos hasta monstruosidades metálicas animadas mágicamente y una hechicera que llevaba más de mil años muerta, me habría preparado para declarar ante un grupo de políticos de Washington D. C., pero, cuando aparecí, ansié la simplicidad de un hombre jaguar rabioso al que se le llenaba de espuma la boca ante la lisa y llana motivación de asesinar.

Ignoré a los periodistas que esperaban en el pasillo y caminé hacia el banco de madera donde estaba sentada Lena Greenwood, que cuchicheaba con Nicola Pallas y Nidhi Shah.

—¿Y bien? —preguntó Nicola.

—No los convertí en cucarachas, si es a eso a lo que te refieres. —Aunque en varios casos, hubiese sido mejor—. ¿Por qué querrían arrastrarnos hasta acá si ya decidieron que

somos la peor amenaza para la paz mundial desde que explotó la bomba atómica?

—Para demostrar que pueden hacerlo. —Desde que la conocía, Nidhi había trabajado como psiquiatra para Die Zwelf Portenære, la organización de magia conocida como los centinelas, que hasta hace poco era secreta. De nosotros cuatro, era la única sin poderes mágicos naturales. Le pagaban para que nos mantuviera cuerdos a todos los usuarios de magia, así que tenía una tarea mucho más complicada que la mía.

Se había puesto ropa bastante conservadora para el testimonio de hoy: una simple chaqueta negra y pantalones a tono, con una camisa celeste y casi ningún accesorio de los que usaba a diario.

—Y algunas mentes todavía no se han cerrado completamente —continuó Nidhi—. El senador Clarke apoya a los centinelas y nuestro trabajo. Los diputados Hays y Hoffman han declarado en contra de las reacciones exageradas del Departamento de Seguridad Nacional y del FBI, y McGinley, el secretario del Departamento de Seguridad Nacional, dijo que estaría dispuesto a sentarse a charlar con los representantes de las distintas comunidades de no humanos.

—Ahora nuestro trabajo es demostrarle al mundo que no somos una amenaza. —Del cuello de Nicola colgaban unos audífonos blancos como un par de serpientes anoréxicas que zumbaban la melodía de un *jazz*. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, y la música se apagó—. Den gracias, porque podría ser peor. El mes pasado la Comisión Militar Central de

la República Popular China levantó cargos por traición contra Shin-Tsu Chang.

Shin-Tsu y Nicola Pallas eran dos de los seis maestros del Consejo que había quedado a cargo de los centinelas tras la muerte de Johannes Gutenberg el año anterior. No conocía bien a la contraparte china de Nicola, pero había leído sobre él y me inspiraba respeto gran parte del trabajo de investigación sobre la magia que había hecho durante las últimas dos décadas.

—¿Está a salvo?

—Por ahora... —respondió Nicola.

Lena me tomó de la mano mientras caminábamos por el pasillo.

—Trata de pensar en el lado bueno. Si finalmente deciden encerrarnos a todos en campos de concentración, tal vez dejes de preocuparte por esa auditoría del Departamento de Tesorería.

—¿Qué puede hacer el Departamento de Tesorería? ¿Embargarme la casa? —bufé. Mi casa se había incendiado el año anterior y, desde entonces, yo había estado yendo y viniendo de mi pequeño departamento en la Península Superior de Michigan a mi oficina en Nuevo Milenio.

—Desde esta mañana, además, van a demandar a los centinelas por tener impuestos impagos desde hace siglos —agregó Nicola—. Uno de nuestros abogados se pondrá en contacto contigo para ponerte al tanto de las opciones que tienes.

—Me alcanza con que me digan cuántas monedas de oro tengo que extraer de *La isla del tesoro* para sacármelos de encima.

—No es tan sencillo. Los gobiernos de todo el mundo están más estrictos con la riqueza generada por medio de la

magia. El Senado propuso leyes que agregan una sentencia mínima de veinte años para la falsificación a través de la magia. Están preocupados por la inflación y la confidencialidad de los consumidores.

—Tal vez deberían preocuparse por mantener los disturbios bajo control —opiné—. Ni hablar de las golpizas, los linchamientos y, por supuesto, el hecho de que el mundo está usando la magia como excusa para reavivar viejas disputas o iniciar guerras nuevas.

—Y el resto se está preparando para hacer frente a los daños colaterales —comentó Lena—. Cuando mi testimonio estaba llegando al final, el senador Tindill me preguntó qué tenía que pasar para que me enlistara en la Marina. Hace ocho meses, Rusia instauró el reclutamiento obligatorio para no humanos.

—Junto con otras diecisiete naciones, hasta donde sabemos. —Negué con la cabeza—. ¿Explicó Tindill cómo se supone que te enlistes si se rehúsan a reconocerte como ciudadana?

Lena era mi... Bueno, el término “novia” no tenía el peso suficiente, pero la ley no nos permitía ser marido y mujer, ya que ella no era humana. “Pareja” y “compañera” eran las palabras que mejor aplicaban y además servían para referirse a Nidhi, la otra relación romántica de Lena. Habíamos llegado a constituir una pequeña familia de tres personas, aunque el proceso no siempre había sido de lo más fluido. ¿Qué tipo de relación era?

Lena había dejado de ocultar que era una dríada después de que se había develado el secreto de la magia. Hoy por hoy, eso significaba que, de los poros de la piel de la frente, le crecía

una corona de hojas que asomaba por debajo de la cabellera y le daba un aire juguetón y de otro mundo.

Lena, de baja estatura, piel oscura, con una energía inagotable y una sonrisa preciosa, era una de las únicas tres no humanas a las que les habían permitido declarar. Yo me preguntaba qué tan rápido la habrían tachado de la lista de testigos si realmente comprendieran lo que era capaz de hacer, pero no parecía el tipo de persona que podía derribar a un minotauro de un solo golpe.

Mientras que el resto de nosotros se había vestido especialmente para las audiencias, Lena llevaba puestos unos *jeans* viejos y una chaqueta negra de cuero arriba de una remera ajustada de Groot y Bárbol. La leyenda debajo de los dos árboles que caminaban decía “¿TIENES LEÑA?”.

Nos detuvimos en la entrada para darle tiempo a Nicola de arreglarse. Por más frustrante que hubiese sido el día para mí, esas audiencias y la publicidad habían sido peor para ella. Como único miembro del Consejo de centinelas que residía en los Estados Unidos, había estado bajo la lupa mucho más que cualquiera de nosotros.

Nuevos mechones de cabellos plateados se intercalaban en su cabellera negra. Tenía la mirada apagada y, a juzgar por cómo le caía la chaqueta sobre esos hombros tensos, había perdido peso. El uso excesivo de la magia podía tener esa consecuencia, pero los viejos y conocidísimos estados de tensión también. Jugaba con los anillos de plata que tenía en los dedos de la mano izquierda mientras miraba por las puertas de vidrio a la multitud que esperaba afuera.

—¿Sabes? Cuando era joven, quería ser famoso —confesé mientras asimilaba la cantidad de micrófonos y cámaras que aguardaban afuera, listos para abalanzársenos—. Quería ser astronauta; el primer hombre en llegar a Marte. O un científico que consiguiera viajar en el tiempo y viviera en una mansión vigilada por tiburones robots. O, si no, Batman.

—La capa y la capucha te golpearían los anteojos todo el tiempo —dijo Lena—. Además, no creo que te queden bien los trajes ajustados. Sin embargo, me gusta la corbata. —Se acercó para leer la inscripción plateada bordada en la seda—. ¿Es nueva?

—Tenía una sola corbata y estaba quemada. —Miré a Smudge, que descansaba en el fondo de una jaula rectangular abrochada a mi cinturón. Una capa de fibra de vidrio me resguardaba del calor que emitía la araña de fuego, aunque, si algo le hacía lanzar alguna llamarada, había muchas probabilidades de que quemara la parte de abajo de mi traje.

Había comprado la corbata por Internet. Estaba hecha a medida, con la inscripción “Oook” formando rayas diagonales como tributo a Terry Pratchett y el orangután bibliotecario de los libros de la colección Mundodisco. Me aflojé el nudo y me desabroché el botón del cuello.

—Háganme acordar de que delegue a alguien de mi equipo la investigación sobre los viajes por el tiempo. Quiero viajar al siglo xvii.

—Voy a seguirte la corriente —me consintió Lena—. ¿Por qué?

—Supuestamente la corbata se originó durante el reinado de Luis XIV. Gracias a él, millones de nosotros tenemos que

andar con la soga al cuello, literalmente. Si viajo al pasado y asesino al rey Luis, nunca tendré que volver a usar estas porquerías.

—Estoy lista. —Nicola enroscó el cable de los auriculares alrededor de su pequeño reproductor de MP3 y los guardó en uno de los bolsillos internos—. Gracias.

Enderecé los hombros, pero me sentí vulnerable y expuesto sin mi pila tradicional de libros. Todavía no habían terminado los momentos incómodos del día. ¿Qué no habría dado por un solo libro de bolsillo que me permitiera extraer una capa de invisibilidad de sus páginas?

Lena flexionó los dedos, y le salieron pequeños brotes de los nudillos formando un patrón de puntos verdes que me hizo pensar en los tatuajes de henna.

—No se olviden de que la prensa presiente el miedo. —Saqué una cajita de pastillas de naranja del bolsillo del pantalón, me metí una en la boca y le di otra a Smudge para entretenerlo—. Bueno. Fama, allá vamos.

De joven, Isaac había soñado con ser famoso.

De joven, Isaac era un idiota.

Cuando atravesamos las puertas, los gritos nos golpearon como una ola de tres metros de alto. La acera estaba demarcada por vallas de madera. Ocho oficiales de policía uniformados hacían retroceder a la multitud para mantener despejado el angosto sendero que nos guiaba hasta la camioneta que nos esperaba.

La primera persona que me escupió fue un caballero bastante mayor que estaba a mi izquierda y llevaba puesta una camiseta con la inscripción “EN SALEM TUVIERON RAZÓN”.

Una parte de mí quiso hacer hincapié en que, según los registros de los centinelas, ninguna de las personas ejecutadas durante el siglo XVII en Salem había sido una bruja ni alguien que usara la magia. Sin embargo, otra parte de mí se moría de ganas de convertirlo en un huevo de codorniz.

Los cuatro nos dispusimos en forma de diamante, con Lena a la cabeza, mientras que Nidhi y yo caminábamos un paso más atrás, uno a cada lado, actuando como una especie de amortiguador para Nicola.

Un periodista se las arregló para atravesar la barrera con su micrófono.

—¿Qué están haciendo los centinelas con los mercenarios y rebeldes que usan la magia para desestabilizar África?

—Yo responderé —contesté alzando la voz—. África es un continente, y uno muy grande, así que tendría que ser más específico. ¿Se refiere al libromante que ayuda al gobierno a luchar contra Boko Haram en Nigeria? ¿A los rumores acerca de los rebeldes que combinan magia y sangre en Mali? ¿O a las tres azuelas que oficiaron de vigilantes recientemente en Costa de Marfil?

Se conocía a las azuelas en cuestión como las “luciérnagas diamante” tras haber interrumpido una operación minera en Sierra Leona y liberar a veintiséis niños esclavos. El trío vampiresco también había asesinado a sangre fría a tres supervisores antes de volver a transformarse en luciérnagas para escapar.

Seguí caminando antes de que el periodista pudiese responder.

—Señora Pallas, ¿por qué los centinelas no quieren defender este país? —preguntó otro periodista.

—Los centinelas son una organización mundial fundada en Alemania. Hay más integrantes de la India y China que de los Estados Unidos. —La voz de Nicola se oyó entre el griterío con la claridad del agua, uno de los trucos de su magia bárdica—. Los centinelas seguirán trabajando junto a la comunidad internacional para proteger al mundo de las amenazas mágicas. No apoyaremos ninguna ley que permita el reclutamiento selectivo de individuos con dones mágicos, ni ninguna otra iniciativa para militarizar a nuestro pueblo y nuestro trabajo.

20

La ira no estaba dirigida solo a nosotros. Divisé un pequeño grupo que sostenía carteles con leyendas como “JUSTICIA PARA MARCUS VISSER”. Visser era un joven hombre lobo de Maine al que dos cazadores habían disparado y asesinado a principios de septiembre, pero a nadie se le imputó ningún cargo.

—Isaac, ¿me firmarías un autógrafo en el carnet de biblioteca? —Una muchacha me acercó una tarjeta plastificada y un marcador plateado. Se la firmé y alguien me disparó el *flash* de una cámara directamente a la cara.

Intenté sonreír y recordé la foto que había publicado *USA Today* en la que yo estaba hablando y por eso salí con la boca abierta y los ojos medio cerrados. Parecía un Muppet drogado. ¿Cómo fue que en apenas un año había pasado de ser un bibliotecario de un pueblito de Michigan a preocuparme por los *paparazzi* molestos?

—Isaac, ¡cura a nuestro hijo, por favor!

Me detuve. A mi derecha, se abrió un pequeño vacío. Los periodistas competían por el mejor ángulo. Una pareja con un niño de apenas dos años que dormía en el carrito me hacía ese pedido. Los padres no llegaban a tener treinta años; tendrían la misma edad que yo, pero en ese momento yo me sentía unas cuantas décadas mayor.

—Isaac... —Nicola alzó el tono de voz para que solo yo la oyera, pero esa sola palabra dicha con suavidad estaba cargada de advertencia y un historial de discusiones que se remontaban hasta casi un año atrás... discusiones que, en general, yo había perdido.

—¿Qué es lo que tiene? —pregunté, sin poder contenerme.

—Se llama Caleb —respondió el padre. Tenía las dos manos apoyadas en la valla de madera. Dos oficiales de policía se acercaron, listos para intervenir—. Hace seis meses que esperamos un trasplante de corazón.

—Te vimos en una nota por televisión —agregó la madre—, en Discovery Channel. Vimos que tu equipo curó ratas que tenían cáncer y diabetes. Consiguieron que les volvieran a crecer extremidades amputadas y reconstituyeron huesos rotos. Cuando nos enteramos de que estarías acá, pensamos que...

Se mordió el labio y se quedó callada. La multitud se paralizó en espera de mi respuesta. Varios de los oficiales de policía también estaban escuchando. Me pareció ver cierta compasión en los ojos de uno de ellos, miedo en los de otro. Un tercer oficial tocó las esposas que colgaban de su cinturón en señal de una advertencia para nada sutil.

—Lo siento —murmuré y me odié por lo mecánica que se oyó mi respuesta—. Apenas este mes estamos empezando a hacer pruebas en seres humanos, bajo la estricta supervisión del Instituto Nacional de Salud.

Habían venido con la esperanza de que le curara el corazón a su hijo y, en lugar de eso, yo les daba una excusa que odiaba y que sabía que mataba su ilusión. A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas. El padre se apoyó con una mano en el carrito como para evitar caerse.

Yo podía hacer lo que me pedían. Podía curar a los niños de una guardería entera de cualquier enfermedad que conociera la humanidad. En la camioneta, había un ejemplar maltrecho de *El león, la bruja y el armario* junto con mis otros libros. Podía abrirlo y extraer la poción medicinal de Lucy para usarla en todo el mundo. Una sola gota bastaría para curar al hijo de esta pareja.

A esa altura, los llevarían bajo custodia federal, pondrían a su hijo en cuarentena y a mí me arrestarían por violar leyes (aprobadas con prisa y carentes de fundamentos informados) que prohibían el uso de la magia para “influir, alterar o intervenir de cualquier manera, ya sea física o mentalmente, sobre otra persona”.

Con el tiempo, la mayoría de los estados había agregado cláusulas de buen samaritano que permitían excepciones por emergencias en caso de “inminente amenaza a la vida o a una extremidad”, pero eso no contemplaba este caso. Podía usar la magia para quitar de en medio de la calle a alguien hacia quien se dirigían los autos, pero, gracias al alarmismo y la ignorancia

de personas como el senador Alexander Keeler, no podía ayudar a un niño que sufría de una afección cardíaca que ponía en riesgo su vida. Si se hubiesen acercado en privado, habría sido otra cosa. Pero así, no. No frente a tantas cámaras, tanta gente y tanta expectativa a punto de estallar.

En el mismo momento en que me pidieron ayuda se garantizaron que no pudiera dársela. Apuesto cualquier cosa a que, en menos de una semana, el doctor del Instituto Nacional de Salud pasaría por la casa de ellos, pero no para ayudarlos, sino para confirmar que el niño siguiese en peligro de muerte, para asegurarse de que yo no lo hubiese ayudado con “técnicas mágicas carentes de pruebas y testeos, que no han sido evaluadas para garantizar la seguridad y los posibles efectos secundarios a largo plazo”.

Muchos habían ido a prisión por esta disputa: tanto libromantes como médicos obligados a ver cómo morían sus pacientes cuando la magia más simple los podría haber salvado.

Me sentí tentado a hacer lo mismo: salvar a Caleb y al demonio con las consecuencias, con la diferencia de que las consecuencias no terminarían conmigo. Si me arrestaban, destruirían todos los proyectos de investigación que estaban bajo mi supervisión, incluso la investigación médica. Además, daría más tela que cortar a aquellos que nos veían como rebeldes extraños y que aprovecharían cualquier excusa para disolver a los centinelas y conseguir el control exclusivo de Nuevo Milenio.

—Lo siento —repetí. Saqué una tarjeta de presentación—. Llamen a este número. Los atenderá una mujer llamada Kiyoko Itō.

Díganle que hablaron conmigo. Intentaré incluir a Caleb en la próxima ronda de pruebas médicas de Nuevo Milenio.

—¿Pruebas médicas? —preguntó el padre, sobresaltado. Se aferró a la valla y apretó los puños. Lena se puso en posición, lista para derribarlo si fuera necesario—. ¿Tiene idea de a cuántas pruebas médicas lo sometimos en los últimos dos años?

Me lo imaginaba. A mi sobrina la habían sometido a un sinnúmero de cirugías y procedimientos durante años tras el accidente en el que había perdido la pierna. Sabía lo lento y tortuoso que podía ser el sistema de salud en los Estados Unidos. Hacía un año que estaba luchando para conseguir el permiso para ayudarla, tanto a ella como a otros casos similares.

La madre tomó mi tarjeta. Los dos estaban conteniendo las lágrimas.

Nidhi se abrió camino hasta mí.

—¿Alguien los envió hasta acá para que le pidieran ayuda a Isaac? —Habló en voz muy baja para que no la captaran los micrófonos.

El padre asintió.

—Sí, así es.

Alguien había engañado a esta familia, había usado su dolor y desesperación para registrar el momento en que un libromante desalmado se negaba a ayudar a un niño moribundo. Antes de que Nidhi pudiera indagar más, otro hombre se abrió camino entre la multitud hasta llegar al frente y gritó:

—¡Hace un año dijeron que la magia era un don! ¿Cuándo van a compartirlo con el resto de nosotros?

—¿Qué es lo que realmente hace Nuevo Milenio puertas adentro? —gritó otro—. Se enriquecerán con nuestros impuestos ¡y nos dejarán morir!

Nuevo Milenio no contaba con financiamiento federal ni estatal, pero ese no era el momento, ni el lugar para decirlo.

—Tenemos que irnos —dijo Nidhi—. Ya.

El calor que emanó de la jaulita que llevaba a la altura de la cadera confirmó la advertencia de Nidhi. Lena me tomó de la mano y me llevó hasta el auto. Lo que la gente haya dicho después, lo que haya gritado la multitud cuando nos fuimos, se convirtió en un ruido gris.

Íbamos camino a nuestra próxima reunión cuando mi teléfono se apagó. No el celular inteligente que llevaba en el bolsillo; ese tenía una línea privada que solo conocía una docena de personas, tres de las cuales iban conmigo en la camioneta.

Apreté los dientes para activar la conexión.

—Habla Isaac.

El comunicador alojado en mi molar inferior derecho captaba la subvocalización casi con la misma claridad que el habla. Pero, si yo hablaba en voz alta, los demás se enterarían de que estaba en medio de una llamada. Además, me habían dicho que parecía ebrio cuando subvocalizaba.

—*¡Volvió a escaparse!*

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza sobre el apoyacabezas.

—Vince, fue un día eterno. No sé dónde pueda estar, pero al final Kerling siempre regresa.

—Se llevó la mitad de mi sándwich de mortadela, desparramó basura por todo mi escritorio, me robó mi bolígrafo favorito y dejó una pluma en la impresora. Creo que la pluma fue a propósito.

—Estoy a tres mil kilómetros, Vince. No puedo ayudarte a buscar a tu cuervo, que se escapó.

Junto a mí, Lena se aclaró la garganta.

—Ayer a la tarde le trabé la puerta de la jaula con un alambre. Si la abrió desde adentro, tendría que haber sonado una alarma.

Vince Hambrecht era una tormenta infecciosa de energía y entusiasmo, el primero de los tres libromantes que había incorporado a mi equipo de investigación en Nuevo Milenio. El evidente placer que le daba ese eterno juego que mantenían atenuaba la indignación que le provocaba que un cuervo fuera más inteligente que él.

—Tal vez deberías haberles pedido a Talulah o a Charles que verificaran que todo estuviera bien instalado.

—Funcionaba todo bien. Anoche las cámaras se apagaron por tres horas, justo cuando se escapó. No puede ser una coincidencia, Isaac. Además, ¿te acuerdas de aquella vez en que me robó la tecla ESC del teclado? Se estaba burlando de mí.

Con diecinueve años, Vince era el investigador más joven del equipo. Había descubierto sus habilidades hacía un año y medio, y todavía atravesaba esa etapa de excesivo entusiasmo en la que, si no lo vigilaban, era probable que se volara en pedazos a sí mismo y a todo el que estuviera dentro de un radio de treinta metros. Algunos dirían que nunca superamos esa etapa.

Los centinelas lo habían descubierto en el zoológico de Toronto, donde trabajaba media jornada para pagar sus estudios

académicos superiores. Había empezado a asistir a la universidad a los catorce años, a los diecisiete ya había terminado y, además, acababa de completar sus estudios de veterinario cuando Nicola sugirió que lo convocara para que formase parte del equipo de Nuevo Milenio.

Había leído *La historia del doctor Dolittle* más de cuarenta veces para tratar de adquirir la capacidad de hablar con los animales. Como eso no funcionó, había recurrido a otros libros en busca de habilidades similares. El mes pasado, había bebido sangre de dragón de *Los cuentos de los quinientos reinos*, de Mercedes Lackey.

La magia no iba a convertir a los animales precisamente en conversadores inteligentes, pero a Vince su letanía interminable de “¡Aliméntame!”, “¡Es mío!” y “¡Estoy excitado!” le resultaba fascinante.

—Ya te lo dije: revisé a Kerling dos veces. No hay rastros de magia, aparte de la curación y el rejuvenecimiento que le hiciste. Sigo creyendo que Talulah está jugando contigo. Dios me libre de los libromantes con tiempo de sobra. ¿Qué tal está el resto de las fieras?

Habló con voz más suave:

—*Mortimer murió ayer por la tarde.*

—Lo siento, Vince. Era una de las ratas, ¿cierto?

—*Llegó hace tres meses sin la cola y con los dientes infectados.*

Cuando lo curamos, te mordió la palma de la mano.

—Sí, me acuerdo.

—*El doctor Dickinson se llevó el cadáver. En mi opinión, Mortimer murió de viejo, no por nada que hayamos hecho nosotros,*

pero esos morbosos del Instituto Nacional de Salud insisten en abrirlo para estudiarlo. Más les vale que esta vez nos devuelvan sus restos. Esa rata se merece un entierro como Dios manda.

—Envíame una copia del legajo de Mortimer y tu informe, y avísame si los del Instituto de Salud encuentran algo inusual.

—Claro, jefe.

—No me digas así.

—Lo siento. —Primero dudó y luego dijo abruptamente—: Ya que estamos, ¿podemos hablar del Proyecto Crichton?

—No vamos a hacer bebés de dinosaurios. Punto final. Lo último que necesitamos es que una manada de velocirráptores jóvenes se coma a uno de nuestros niños federales.

—No se escaparían, jefe.

—Lo dice el que no puede mantener a un cuervo en una jaula. ¿Alguna vez leíste *Parque Jurásico*? —La camioneta se detuvo en un estacionamiento en la calle 8—. Tengo que cortar. Recuérdame cuando regrese, e intentaremos hacer un hechizo para rastrear a Kerling.

Cuando corté, Lena sonreía en señal de satisfacción.

—¿Otra vez Vince contra el cuervo? ¿Cuántos asaltos llevan? ¿Ocho ya?

—Por lo menos. —Bajé de la camioneta y me puse mi viejo sobretodo; no me importó que esa prenda gastada no quedara bien con el traje y la corbata. El poder reafirmante que tenía el peso de los libros en cada uno de los bolsillos hechos a medida era más importante que cualquier combinación ridícula según los estándares de la moda.

—¿Cuándo planeas decirle que aumentaste la inteligencia de Kerling? —preguntó Lena.

—Cuando deje de ser gracioso.

—No deberías intervenir con los proyectos de investigación de Nuevo Milenio —sentenció Nicola.

—No interfiero: llevo registros detallados del progreso de Kerling... y del de Vince. —Levanté las manos como si estuvieran a punto de asaltarme—. La clase de magia que usé con Kerling podría tener todo tipo de consecuencias para la cura de daños cerebrales e incapacidad mental, sin mencionar la mejoría que tiene sobre la inteligencia en general. Es un proyecto legítimo, te aseguro.

Lena sonrió.

—Se te ilumina la cara cuando hablas de ese lugar. Es una pena que no hayas podido convencerlos de construirlo en la Península Superior.

Con tantas tierras abiertas y alejadas de las áreas pobladas, la Península Superior de Michigan hubiese sido la ubicación ideal. También contábamos con una manada saludable de hombres lobo, y yo esperaba que pudiésemos contratarlos para seguridad y otras tareas. Yo había ido a Lansing para impulsar la posible creación del puesto y los beneficios de la publicidad, pero el gobernador Sullivan había mantenido una postura antimagia, como la mayoría de la legislación estatal. Prácticamente no esperaron que me fuera del Capitolio para aprobar leyes que prohibían la investigación relacionada con la magia en Michigan.

—Hay tanto por aprender, tanto por hacer en medicina, ingeniería, arqueología, astronomía... Estoy por conseguir una

entrevista en la NASA ¡para abrir un portal mágico permanentemente a la Luna!

Se rio y me besó.

—Casi hace que la diplomacia valga la pena.

La diplomacia era la segunda peor parte de mi trabajo; lo peor de todo era tener que separarme de Lena durante semanas. Había venido a visitarme algunas veces, pero era una dríada. Su roble estaba plantado en Michigan, al igual que su antiguo compañero. Llevaba parte de ese árbol dentro de ella, lo que le brindaba una libertad mayor, pero de todas formas debía regresar a casa al menos una vez por semana.

—Antes de que te vayas a la Luna, ¿qué te parece abrir uno de esos portales entre Las Vegas y Copper River?

—Encabeza mi lista de “cosas por hacer”, te lo aseguro.

Volvió a reírse —me encantaba oír su risa— y me tomó de la mano mientras caminábamos hasta el restaurante. El estrés me contracturaba, pero estar con Lena ayudaba. Tenía el don de ver alegría y belleza en todo, y de ayudar a otros a recordar esas cosas.

La pizzería Square Pie era uno de los restaurantes más lujosos de Washington D. C.: velas y manteles blancos adornaban las mesas, y los camareros usaban moño blanco; mejor aún: ofrecía privacidad y una pizza deliciosa. Lena, Nidhi y yo habíamos ido por lo menos una vez en cada uno de los viajes demasiado frecuentes que teníamos que hacer. Esta vez Nicola había reservado un cubículo privado cerca del fondo.

Parecía que el diputado Derek Vaughn había llegado apenas unos momentos antes. Terminó de quitarse la chaqueta

y, después, esperó de pie amablemente mientras el resto de nosotros se sentaba. Luego de que el camarero tomara nota de lo que íbamos a beber y cerrara la puerta al irse, Vaughn se inclinó y le dio un beso a Nicola.

—¡Qué día! —La sonrisa que le significaba tantos votos se veía opacada por el cansancio—. Creí que esa audiencia no terminaría nunca —dijo con su acento de Nueva Orleans.

Según tenía entendido, él y Nicola se habían encontrado luego de una audiencia del Comité a principios de agosto. Después de unas semanas, él la había llevado a uno de los mejores bares de *jazz* de la ciudad. Había sido amor a primera canción. Cómo habían logrado que ni la prensa ni el Comité de Seguridad Mágica se enterara de su relación era otro tema.

Abrí la jaula de Smudge y la apoyé en la mesa entre Vaughn y yo. Smudge se espabiló y asomó las patas delanteras por entre las rejas. Sabía dónde estaba y habían empezado a gustarle las anchoas.

—¿Qué crees? —preguntó Nicola, sin preámbulos.

Vaughn bebió unos sorbos de agua antes de responder. Era un hombre inteligente e ingenioso, que había empezado su carrera como abogado de puro oficio. La gente solía subestimarlo al ver ese pelo gris, ondulado, y esos ojos azules rodeados por líneas de expresión y anteojos con marco plateado.

—No sé. El Departamento de Seguridad Nacional está presionando mucho para incluir más centinelas en la nómina. La gente está asustada, Nic. Quieren que alguien les garantice que no harán ninguna especie de brujería vudú para convertir la ciudad de Nueva York en un cementerio, ni que un vampiro

le lavará la mente al presidente para que destruya su propio país con armas nucleares.

—El vudú es una religión, no una escuela de magia —corregí, aunque técnicamente varios autores habían escrito sobre las muñecas vudú como una herramienta viable para que los libromantes extrajéramos elementos de los libros.

—Eso ya lo sé, muchacho. —Vaughn tomó otro trago—. El asunto es que creen que ustedes, los centinelas, están ocultando algo. Muchos quieren acorralar a todos los centinelas junto con los vampiros, los hombres lobo y el resto. A las dríadas, también.

Lena sonrió.

—Si quieren, que lo intenten.

—No veo esta tensión desde la Guerra Fría —agregó Vaughn—. Creen que se desatará la Tercera Guerra Mundial y, cuando eso pase, habrá escobas voladoras, se sacudirán varitas mágicas y los muggles harán una masacre.

—El mundo está haciendo todo lo necesario para que eso pase —añadí enseguida—. Corea del Norte está obligando a todo el mundo a leer una novela aprobada por el gobierno por mes con el afán de construir una biblioteca de armas mágicas. Aquí, en los Estados Unidos, el senador Keeler quiere que lo ayudemos a convertir a cientos de soldados en vampiros. China hizo detonar un misil nuclear con los estudiantes de Bi Sheng como objetivo.

Vaughn entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tengo amigos allá. —Los estudiantes de Bi Sheng eran un pequeño grupo de sobrevivientes de hacía quinientos años, practicantes de una forma alternativa de libromancia.

Habían peleado en una guerra mágica y estaban decididos a mantenerse al margen de los sucesos mundiales. Había días en los que me tentaba la idea de unirme a ellos.

—Mejor no mencionar eso ante el Comité —sugirió Vaughn—. Hasta lo que yo sé, los centinelas no fueron justamente los inocentes en todo este asunto. Fíjense en todas las muertes de la batalla en Copper River. ¿Y las víctimas de esos hombres lobo y vampiros y demás canallas? Como ese tipo sobre el que me contaron, uno de la Península Superior que se alimentaba de niños exploradores.

—No ha tocado un solo niño más desde el día en que le metí una bomba en el cráneo. No digo que no prestemos atención a los asesinos, pero...

—¿Escuchaste lo que acabas de decir, Isaac? —Derek exhaló lenta y extensamente con un dejo del olor al humo de una pipa—. Pusiste una bomba en la cabeza de ese hombre. Los centinelas eran jueces y verdugos, y la gente lo sabe. Lo cierto es que son peligrosos.

—Claro que somos peligrosos. Tú también lo eres, así como esos idiotas paranoicos que andan por ahí queriendo disparar a todos y compran kits para cazar vampiros por eBay o funden candelabros antiguos para hacer balas de plata. ¿Sabes qué es más peligroso? Que haya naciones enteras haciendo lo mismo. —Levanté la mano antes de que pudiera replicar—. Tienes razón. Los centinelas a veces meten la pata. Yo metí la pata. También salvé muchas vidas, y podríamos salvar muchas más si nos dejaran. Están muriendo muchos chicos, Derek. La gente necesita nuestra ayuda. No podemos solucionar todo, pero

podemos contribuir mucho más de lo que estamos haciendo ahora, pero lo único que parece importante es debatir sobre golpes mágicos preventivos y cuánta gente pueden matar con la próxima superarma libromántica.

—¿Qué sugieres? —me preguntó—. ¿Deberíamos dejar de lado al Departamento de Defensa Nacional, darte libertad para que hagas esos unicornios y arcoíris mágicos y esperar que un genio de Oriente Medio quiera convertir a los estadounidenses en nabos?

—Los genios no hacen eso, ignorante.

—Isaac... —Nidhi habló con voz suave para que me diera cuenta de lo fuerte que estaba hablando.

Me recliné sobre el respaldo de la silla, me quité los anteojos y me refregué los párpados.

—Lo siento. Sé que estás haciendo tu mayor esfuerzo para atravesar este caos, pero no es suficiente.

—¿Crees que no me doy cuenta? Tú te vas a tu casa en Las Vegas a jugar en tu laboratorio, pero yo tengo que regresar a ese nido de serpientes todos los días. —Se lo oyó tan cansado como yo—. ¿Cómo está Lexi?

Vaughn tenía una memoria infalible con las personas y nunca se olvidaba de preguntar por mi sobrina.

—Está entusiasmada. Nerviosa también, pero todavía más ilusionada por lo que está a punto de vivir. Esta noche regreso en avión a Las Vegas para acompañarla durante la intervención.

—Necesitamos más historias con final feliz como la de ella para mostrarle al mundo que la magia le devolvió la pierna a una niña —opinó Vaughn.

—Se lo podríamos haber mostrado al mundo hace un año —comenté.

—Isaac, sabes que hay que seguir las reglas para estas cosas. Si existe una mínima posibilidad de que algo salga mal, terminaríamos haciendo más mal que bien.

—Diles eso a Lexi y a sus padres.

Antes de que pudiera responder, sonaron los primeros acordes de una canción de Harry Connick Jr. en el teléfono celular de Nicola.

—Disculpen. —Tomó el teléfono y se retiró.

Un instante después, sonó el teléfono de Vaughn. Apreté los puños. Esperé que fuese una coincidencia, pero no me sorprendió cuando mi propio comunicador repicó para avisarme que tenía una llamada entrante.

—Habla Isaac. ¿Qué pasó?

—*Habla Talulah. Nuevo Milenio quedó aislado. ¿Viste las noticias?*

—Todavía no. —Hice un paneo alrededor de la mesa. Nicola parecía una estatua, sentada con una quietud deliberada mientras escuchaba. Vaughn se sonrojó e insultaba por lo bajo.

—*Anuncian ataques múltiples de terroristas no humanos.*

—¿Cuántos y dónde? —pregunté.

—*Cuatro, por lo menos. —Talulah dudó—. Incluso uno en Lansing. El gobernador de Michigan está en estado crítico. Hubo ataques similares y simultáneos en California, Oklahoma y Nueva York.*

Sentí que había bebido una botella de medio litro de ácido para baterías. Me puse de pie y tomé la jaula de Smudge, me la abroché al cinturón con un carabinero de aluminio.

Nicola cubrió su teléfono.

—Ve. Ayuda a los heridos y colabora con la policía.

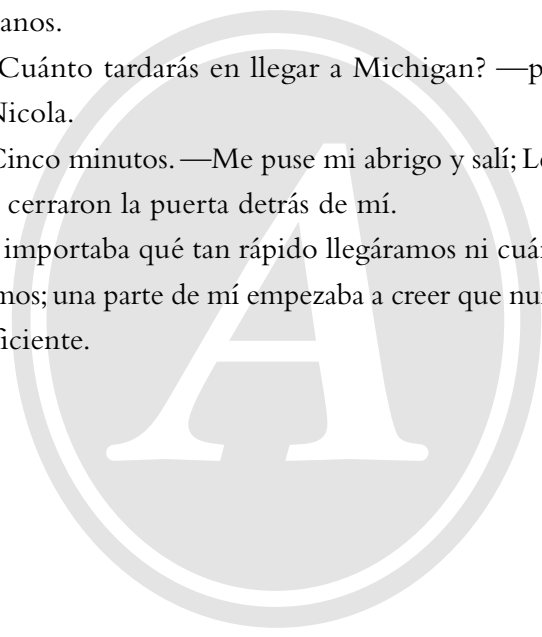
—Isaac —agregó Vaughn—, hazte notar.

Hice una mueca. En otras palabras, tenía que salir bien para las cámaras y poner cara de buenos amigos para los centinelas. Odiaba esa parte del trabajo, pero tenía razón. Especialmente si se trataba de ataques de no humanos.

—¿Cuánto tardarás en llegar a Michigan? —preguntó Nicola.

—Cinco minutos. —Me puse mi abrigo y salí; Lena y Nidhi cerraron la puerta detrás de mí.

No importaba qué tan rápido llegáramos ni cuánto ayudáramos; una parte de mí empezaba a creer que nunca sería suficiente.



De: noresponder@centinelasbot.net

Para: ivainio@nuevomilenio.org

Asunto: Reservas para catálogo

Este es un recordatorio automático del robot de datos de los centinelas.

Hemos notado que cuenta con una cantidad inusual de títulos reservados en el catálogo de centinelas. Si bien apreciamos su diligencia para ayudar a minimizar el uso excesivo y la carbonización mágica, nos preguntamos si tal vez se habrá olvidado de volver a poner en circulación algunos de los 184 libros para disponibilidad de otros centinelas investigadores y agentes de campo.

A continuación, se enumeran los diez libros que se han reservado hace más tiempo. Por favor, ingrese al catálogo de centinelas para ver la lista completa y para poner en circulación los libros que ya no usa.

Si tiene una necesidad legítima que justifique conservar estos libros, tenga la amabilidad de contactarse con la bibliotecaria Szuzsana Varga.

¡Muchas gracias!

Títulos reservados por Isaac Vainio, usuario #M3714:

Lewis, C. S. *El león, la bruja y el armario*.

L'Engle, Madeleine. *Una arruga en el tiempo*.

Pierce, Tamora. *En manos de la diosa*.

Carroll, Lewis. *A través del espejo*.

Goodkind, Terry. *Deuda de huesos*.

Gabaldon, Diana. *Forastera*.

Homero. *La Odisea*.

Gaiman, Neil. *Neverwhere*.

Donaldson, Stephen. *Espejo de sus sueños*.

Valente, Catherynne. *Palimpsesto*.

Haga clic aquí para ingresar a nuestro catálogo y revisar la lista completa.

